



BOLETIN

DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DEL NORDESTE

RESISTENCIA
C H A C O
ARGENTINA

1981

DIALOGO Y COMUNICACION

En el mundo de hoy es muy frecuente declamar, proclamar y hasta exigir una relación dialógica como fuente y fundamento de una comunicación verdadera. Las palabras diálogo y comunicación son de las más usadas, pero no por ello las mejor vividas, en un marco de actitud real y sincera.

La filosofía contemporánea, ha dedicado buena parte de sus afanes al problema de la comunicación y el diálogo, tal vez porque tiene conciencia de que es uno de los más graves pesares que afligen al hombre de hoy, hiriéndolo en el núcleo de su ser personal.

Efectivamente, de acuerdo al pensamiento de filósofos contemporáneos como Max Scheler, Martín Buber, Gabriel Marcel, etc., no se puede alcanzar la plenitud humana sino podemos conjugar nuestra vida en un verdadero diálogo. Esto significa que a través de las palabras, o logos, dos o más personas puedan participarse, encontrarse, en una unión "común", mutua, que les permita darse a conocer el uno al otro. Por lo tanto el verdadero diálogo no es aquel que oculta o disfraza intenciones, sentimientos, actitudes, sino aquel que los revela en su integridad y pureza, situación poco frecuente en un mundo de competencias, agresividad y mentiras. Y precisamente por ello, la necesidad y urgencia del diálogo comunicativo se hace mayor, porque es aquello de lo cual el hombre está más falto.

¿Qué es el hombre sin diálogo? . Un desierto viviente. Y hemos elegido intencionalmente la palabra "desierto", porque significa ausencia de personas, sitio despoblado. Y sin embargo en ese vacío interior, que es el hombre sin diálogo, él está vivo, pero con una vida "biológica", para ser vista desde fuera, pero no vivida desde adentro.

Un hombre sin diálogo real, verdadero, conoce la peor de las soledades, aquella que sólo se llena con el eco de su propio yo. Lo que no implica que carezca de relaciones sociales. Puede tenerlas, y muchas. Pero ninguna le dará diálogo, sino "conversación", vertiéndose hacia fuera, enunciando palabras, pero sin llegar a la persona del "otro". Esto nos muestra que no todo intercambio de palabras entre humanos, es diálogo. Para serlo tiene que llevar el peso de ese centro personal que es el "sí mismo", el cual se muestra, para convivir con el otro, en el diálogo auténtico. Cuando esto no se da, la palabra ya no comunica sino aísla o miente. Y aquí se resume toda la hipocresía a la que la vida social nos tiene tan acostumbrados.

Pero esta ausencia de comunicación auténtica no deja de ser percibida por quienes piensan y sienten la vida humana en plenitud. Muestra de ello es que tanto la filosofía como la literatura han recogido este problema. La bibliografía sobre este tema es extensa y magnífica, pero recurriremos a un párrafo de Pedro Laín Entralgo en su obra "Teoría y realidad del otro", por razones que aclararemos después. En el T. II, pág. 255, Laín Entralgo hace una

muy clara distinción cuando afirma: "La diferencia entre el diálogo personal y la conversación funcional, no procede pues de que esta sea objetiva y aquel no, sino de la relación intencional del que habla, ... En el diálogo personal, la relación sujeto-objeto, se establece entre lo que las palabras significan y el "nosotros" diádico que mi persona y la persona del otro constituyen". Por lo tanto, si bien las palabras son "medios" de comunicación, es la relación intencional la que define el diálogo personal como tal. Esta es la razón por la cual puede afirmar verazmente Saint-Exupéry, que las palabras pueden volverse "fuente de malentendidos". Pero ello sucede cuando las pronuncia la ignorancia o las afirma la mala fe.

Deseo, necesidad de diálogo, es el clamor del hombre contemporáneo, dicho para sí mismo en silencio y en soledad, ya que si bien tiene conciencia de todo esto también tiene vergüenza en mostrarlo. Una hermosa imagen de este reclamo la encontramos en el Principito, cuando desde una alta montaña grita hacia el universo "Sed mis amigos, estoy solo". Y Sólo recoge como respuesta el eco que repite: "Estoy solo... estoy solo". Quien no es capaz de encontrar un "tú" para dialogar, o no lo respeta en el diálogo, tiene como futuro ese destino: quedar a solas con su eco. Por lo tanto, toca al hombre de hoy no juzgar su capacidad de dialogar por la cantidad de palabras que intercambie, sino por la relación interpersonal, fundada en una recta intención, que conquiste.

En un párrafo anterior decíamos que habíamos elegido las palabras de Laín Entralgo por razones que ahora pasamos a exponer. En el texto el autor se refiere a dos tipos de diálogos: el personal y el funcional. La vida intelectual y la docencia son, o deberían ser, fundamentalmente diálogo personal y no funcional: diálogo en nuestro interior, con la verdad científica o filosófica; diálogo con los autores que nos enriquecen con sus aportes; diálogo con quienes como pares o alumnos comparten la aventura de recorrer el mundo del saber. Pero Laín Entralgo lo dice: la raíz del diálogo está en la relación intencional. Una comunicación mentirosa, no es diálogo, y nos deja más vacíos que antes, pues si algún eco nos queda es el de la conciencia reclamándonos la verdad no respetada en el estudio o en la relación personal. El diálogo docente no debe ser funcional, aunque se refiera a objetos, pues es el "nosotros" el núcleo al que las palabras van dirigidas. Y el "nosotros" no debe ser un objeto sino un sujeto personal, que plenifique por igual al "yo" y al "tú" que lo forman. ¿Hay algo más plenificante en nuestras vidas que el encuentro con un "nosotros" real? . Y a esta posibilidad accedemos cada vez que leemos un autor, respetándolo; cada vez que entramos en un aula, cada vez que nos "encontramos" en la amistad verdadera. Cuando todo esto se nos da, aún el silencio de nuestro estudio se llena de voces, porque nos encontramos con esa "fuente de agua viva" que brota de la común-uniión de nuestro ser con el otro, dialogando juntos, para ser plenamente, nosotros mismos.

Prof. Ana María Liotti